

VALIJA indiscreta

A POR LA UNIÓN CON LOS CEDISTAS

En una reciente asamblea celebrada en México por el Partido Comunista de España, el camarada Arconada ha insistido sobre la "significación del hecho de que los elementos católicos, antes organizados en la Ceda, se hayan unido a las fuerzas democráticas y republicanas para contribuir de manera efectiva al derrocamiento de Franco". Nosotros no poseemos los medios de información de que dispone el camarada Arconada y, por lo tanto, sería imprudente por nuestra parte negar lo

que él ha afirmado con tanta convicción. Es muy posible, pues, que los antiguos cedistas se hayan unido a las fuerzas democráticas y republicanas. Pero lo que ocurre es que esas fuerzas democráticas y republicanas no se han enterado de su unión con los cedistas, y, probablemente tampoco se han enterado los cedistas. El único que, por lo visto, se ha enterado es el camarada Arconada, a quien nos figuramos recorriendo las peñas de café donde se reúnen los refugiados españoles, para decirles con el natural alborozo: "Ya están ustedes unidos con la Ceda". Y si en México hubiera cedistas, no nos extrañaríamos que el camarada Arconada se acercase también a ellos, para comunicarles, muy regocijado, la buena nueva: "Ya están ustedes unidos con los rojos."

Suponemos que, ante tan singular revelación, unos y otros habrán de pensar que, para llegar en México a tan feliz resultado, no valía la pena haberse descreído mutuamente antes en España. Entre todas las aventuras que podría reservarnos la emigración, ésta de vernos aliados por sorpresa con la Ceda es realmente la más inesperada y extraordinaria. La política suele ser arte de magia, y nada de lo que ocurre en su escenario debe parecernos demasiado extraño. Pero creemos que esta vez el camarada Arconada ha llevado el truco más allá de lo permitido. Si se hu-

biera limitado a sacar de un sombrero de copa conejos, pichones, serpientes y una sorta de banderas aliadas, nada tendríamos que decir. Ese es un ejercicio normal de los prestidigitadores políticos. Pero sacarnos de la chistera a nosotros mismos, nosotros, fuerzas democráticas y republicanas, cogidos de la mano con la Ceda? La sorpresa en ese caso, no será seguramente del público crédulo e inocente, sino de nosotros mismos y de la Ceda.

¿Qué tenemos que hacer nosotros con la Ceda? ¿Derrocar a Franco? Para esa meritoria labor a mí se me ocurriría unir-me con los enemigos de Franco, pero no con quienes le entregaron el ministerio de la Guerra en 1934 a fin de que preparase la sublevación militar de 1936, y más tarde formaron en las filas de Franco para apuñalar a la República.

Cedista era, por ejemplo, Serrano Suñer. ¿Cree el camarada Arconada que Serrano Suñer es un buen aliado para derrocar a Franco? Tanto valdría que nos recomendará la unión con Hitler para acabar con los nazis.

Uno de los pocos cedistas que, desde el primer momento, estuvieron contra la sublevación franquista fué el digno, cabalero, nobilísimo don Luis Lucía. Su recuerdo debe constituir hoy un recordamiento para los republicanos que cedieron a la presión realizada por los amigos del camarada Arconada: que el leal ex ministro de la República no saliera de la cárcel, donde murió. Y cuando el señor Prieto dijo sobre don Luis Lucía las palabras justas y empuñadas que muchos republicanos suscribimos, los correligionarios del camarada Arconada denunciaron una vez más al señor Prieto como enemigo del pueblo y aliado de la Ceda. Si los amigos del camarada Arconada persiguieron al bueno, integerrimo, valeroso don Luis Lucía y rechazaron, no ya la unión con él, sino el simple homenaje de justicia a un cedista —de los pocos— que fué leal

con la República y que se opuso con admirable civismo a la sublevación franquista (con qué cedistas nos declaran ahora aliados?) ¿Con los que secundaron el movimiento fascista y formaron milicias cedistas para matar en el frente a los combatientes republicanos?

El camarada Arconada, que tanto ha cuidado de denunciar en su informe a la asamblea comunista "las maniobras que tienen una finalidad contraria a la voluntad del pueblo" (es decir, contraria, entre otras cosas, a la unión con los cedistas), debía explicarnos en que momento expresó el pueblo español su voluntad de que nos uniéramos con los cedistas. Supongo que no sería en las elecciones de febrero de 1936, cuando apareció en la Puerta del Sol aquel monstruoso retrato del "jefazo", que parecía como si fuese a recomendarnos algún específico contra la inflamación de los carrillos y que, en realidad se limitaba a amoniciarnos, sin respecto alguno a la sintaxis, que iba "A por los trescientos". Aquel hubiera sido el momento justo y preciso para que el camarada Arconada se hubiera dedicado intrépidamente a predicar la unión con los cedistas en los mítines electorales del Frente Popular. Entonces hubiera sido el momento indicado para que el camarada Arconada hubiera lanzado su consigna: "A por la unión con los cedistas". La unión se hubiera podido hacer en aquel instante coincidiendo por lo menos en un horrible solecismo. Claro que si el camarada Arconada hubiera defendido en España, en los mítines electorales de febrero de 1936, la unión con los cedistas, seguramente no estaría ahora en condiciones de leer en México, algo más de ocho años y medio después, su interesante informe ante la Asamblea del Partido Comunista español deteniendo la "significación" que tiene en 1944 la unión de las fuerzas democráticas y republicanas con los cedistas.

—EL VALIJERO

44
2 Dígite
44

A.P.C.E.
SIG.:
1.2e/1086